



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.051

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

SÁBADO 4 DE MAYO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 31, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MIRABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
SAN DIEGO, 15,
CARTAGENA.

PARA HUERTAS Y JARDINES

PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de bacha, picazas, plantadoras, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastrillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, taponnes para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillones y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

EL TESORO DEL COLCHON

I.

Aquella mañana se levantó la pobre vieja con el espíritu lleno de una intensa alegría. Apenas el primer rayo de la aurora entró por la ventana de su bohardillón, tiróse de la cama, se arrojó sus cuatro pelos ante un pedazo de espejo, sujeto á la pared por papeles pegados con obleas, y se dispuso á marcharse; era sábado y por ende tenía que madrugar. En la mayor



parte de las casas á que asistía hacían limpieza de semana.

Pero por algo resplandecía en el arrugado rostro de la comadre un inusitado júbilo. Con lo cobrado la víspera en una mudanza de domicilio, ingreso extraordinario con el que no contaba, había completado seis quinientas pesetas; allí las tenía escondidas, entre la lana de un colchón, en billetes de cien reales. Nadie lo sabía, todo el mundo ignoraba la existencia de tal tesoro. Sólo ella, su dueña, lo conocía, y no dejaba pasar ninguna noche sin contarle y recontarle á solas antes de acostarse, devorada por ese atavismo del cerebro que se llama la avaricia.

Semejante cantidad en poder de aquel pingo de la calle, significaba una epopeya de amarguras una vida entera de privaciones y sacrificios, una paciencia enorme, un pensamiento consagrado al ahorro céntimo á céntimo, años y años de no guardar nada para poder guar-



dar algo, el trabajo laborioso y constante de la hormiga, una voluntad de hierro invencible á la tentación y á la asechanza, solitaria economía que no se enderezaba á prevenir el honrado mañana de la vejez, enigma amenazando siempre al pobre, ni á contar con cuatro cuartos que sirvieran de defensa en caso de enfermedad. Detrás del horadamiento continuo de buey infatigable no había nada noble ni legítimo. Una serie de febriles palpitations, de caricias digitales de billetes de Banco, y como consecuencia su sueño de oro.

Aquel día repasó el papel moneda con verdadera delectación. La víspera, al cobrar la mudanza, agregó lo que le faltaba para completar cien reales, los cambió por un billete, y unió el veinte á sus otros diez y nueve camaradas sueltos entre las vedijas de lana de su colchón. Al fin vela realizado la mitad de su anhelo. ¡Tenía quinientas pesetas suyas! No se oía un ruido en la casa, aún dormida por lo temprano de la hora; la llave estaba echada, podía entregarse á sus anchas á su gran ventura, y con efecto, se pasó un buen rato examinando uno por uno los preciados papeles de su caudal.

Ya bien de día guardó los billetes en una rugosa cartera, envolviéndola luego en una media sin pié, la escondió en el colchón y poniéndose á la cabeza un pañuelo y sobre los hombros el mantón de

cuadros raidísimo, que de seguro dejaría atravesar el aire sutil, se echó á la calle, mató el gusanillo con una media copita de aguardiente del más barato que se vendía en



la taberna de la esquina, y pensando en su tesoro se encaminó á cumplir su primera obligación en casa de un comandante retirado á la que iba á fregar dos veces, por mañana y tarde.

La casa ardía de una manera espantosa. Aquellos muros viejísimo y resecos, aquellas vigas comidas por la polilla, todo aquel maderamen de puertas y ventanas trocado en un yesca alimentaba el incendio de tal suerte que no había posibilidad de salvar la finea. Una inmensa hoguera la envolvía con sus llamaradas y á pesar de ser día el respiandor rojo del fuego formaba como una intensa aurora boreal. Gracias á haberse prendido por la tarde, mientras los inquilinos, todos pobres jornaleros, habíanse en su trabajo, no se contaban cientos de víctimas. De otra suerte el siniestro hubiera llegado á la catástrofe.

La guardia civil de á caballo había cortado el tránsito por las calles afluentes al edificio incendiado y un ejército de bomberos vertía sobre la hoguera un diluvio de agua. Bombas, camillas, muebles arrojado por las ventanas de la casa que ardía, restos medio abrasados, formaban un confuso hacinamiento de cosas heterogé-



neas ante los muros lamidos por las llamas. Las autoridades civiles, desde el gobernador hasta los tenientes de alcalde, escalonadas en todo el recinto de la desgracia, dictaban órdenes dirigiendo los trabajos de salvamento. Ensordecía el espacio un rumor de voces, gritos, mandatos, ayes, lamentos, toques de corneta y predominado sobre todos los ruidos el rugir del fuego subiendo al espacio en grandes penachos que devoraban cuanto ofrecía alidero que estrecharse.

A la pobre asienta le costó impropio trabajo el que la dejaran pasar. Su acento sincero, aseguran de que vivía en la casa jucendia, venció al fin las negativas de los guardias y salvó el cordón que detenía á los curiosos. La infeliz regresaba á su domicilio ajena á lo que le aguardaba, vió de pronto la gente, olió á madera quemada y sintió un martillazo en la cabeza, el martillazo de una idea horrible su tesoro. Temblando, delirante, loca, frenética, echó á correr; empujando á cuantos se oponían á su paso, y salvada por fin la línea de centinelas se emboscó entre las barricadas de trastos deshechos y ropas medio abrasadas, buscando aquí y allá con el ansia de la desesperación.

Al cabo, á pesar del barullo, fué notada su maniobra y un inspector la detuvo preguntándole qué hacía.—¡Mi colchón, mi colchón!—gimió la infeliz sin escucharle apenas. E incapaz el agente de poder

464 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

donces pertenecientes á este acontecimiento la tan grande trascendencia para mí; y si grandes fueron mis sufrimientos al escuchar tan dolorosa relación, no bastan palabras para expresar todo lo consoladora que me fué la ternura maternal de la condesa. Nunca podré desecharla de mi recuerdo. Unidas las últimas pruebas de su cariñoso interés á todas cuantas anteriormente en el curso de mi vida le he merecido, siempre, en toda época, la habré de considerar con todo el respeto y veneración de una madre querida. Y usted, señor, usted que juntamente con ella ha cooperado para mi dicha y establecimiento en el mundo, reciba juntamente con la misma fuerza de sentimiento, el tributo mas rendido de gratitud. Nunca podré manifestarles toda la profundidad del agradecimiento de que rebosa mi corazón. La suerte no ha querido coronar la obra de esa felicidad cimentada por ustedes, pero no por eso se debilita mi reconocimiento. Dios bendiga á ambos y dé á ustedes en el esposo de la elección de Laura, todo lo que me lisonjaba yo ser para ustedes. Puede usted considerar que, en las circunstancias actuales, mi permanencia en esta casa se hace de todo punto imposible. Conozco que sería violento para todos el permanecer aquí por mas tiempo, aun para ustedes mismos....

Instintivamente adivinaba el pensamiento de Bo-

EL HILO DEL DESTINO.

465

navides, que aun preso, al escucharle, de cierta simpatía y respeto por un dolor cuya expresión tanto lo ennoblecía, sentía, sin embargo, cierta tendencia instintiva hácia el acaudalado pretendiente nuevo, y no podía menos en su idolatría al becerro de oro, que tributarle al reputado Creso, el mas cumplido homenaje y regocijarse de la prometida alianza con él.

—Aun para ustedes mismos—repitió el noble joven—ustedes, que, apesar de su amistad por mí y de sus buenos deseos, no pueden en conciencia rehusar su autorización á un enlace que ofrece, no solo las mayores ventajas en posición, sino que encierra tambien mayores elementos para la felicidad de Laura, puesto que no la forma, cual la hubiera formado su enlace conmigo, la fría y estóica razón, sino la fuerza de un sentimiento tan necesario para la felicidad conyugal. Por todos estos motivos, señor, mi ausencia es necesaria. Yo mismo, apesar de creerme de todo capaz, supeditando mis sentimientos todos á la fuerza de mi voluntad, no respondo de mí mismo si permanezco testigo de la felicidad que ha sido comprada al precio de la mía. Basta que Aguilar tenga el amor de la mujer que tanto he querido, para que para mí sea sagrado; pero ¿quién me responde de su prudencia y de que alguna insolencia por su parte, alguna señal marcada de triunfo sobre el rival des-

CAPITULO XXVII

Las de las tres eran ya, cuando Fernando dejó la presencia de su tío.

El conde se quedó en el escritorio, y el joven fué en busca de su tía que se hallaba en el tocador.

—Todo está ya dicho; todo ya arreglado—fueron